

desgraciadamente (a manera de hombre enojado) los mensajeros y no los quería oír, ni ver, ni recibir las cartas que le traían.

Todo esto fue grande angustia, desconuelo y desmayo para los indios, aunque no para hacerles volver punto atrás de su propósito; más antes viendo que ya todo lo tenían andado y que no bastaba para alcanzar del provincial francisco siquiera una buena palabra, y que el otro estaba apoderado de su iglesia y aposento, determinaron (si el negocio pasaba adelante) de desamparar su pueblo y avvicindarse en otros donde residían los frailes de San Francisco; y así, muchos de ellos fueron a Tepeaca a pedir sitios para poblar de nuevo. Y en Tecali (que entonces se ponía en traza el pueblo, por industria de los frailes franciscos, que eran allí recién entrados y hallaron a sus moradores muy derramados y sin concierto) se halló que ochocientos hombres casados de Quauhtinchan habían ya tomado solares para edificar allí sus casas, extrañándose de su propia patria y dejando las casas y tierras que en ella tenían.

Mas no permitió nuestro Señor que la tribulación de estos pobres llegase hasta el cabo, ni durase mucho tiempo, sino que como padre de misericordia y Dios de toda consolación, después de probados por algún espacio, les envió brevemente el deseado consuelo y fue por la manera que se dirá en el capítulo siguiente.

*CAPÍTULO VII. Donde se concluye la materia de los dos capítulos pasados, y se dice el fin que tuvo la perseverancia de estos indios*



EL PROVINCIAL Y SU COMPAÑERO HABÍA ya nueve días que estaban reacios y permanentes en el pueblo de Quauhtinchan; al cabo de los cuales les pareció que bastaba haber tenido novenas en aquel ermitorio, con tanta soledad, comiendo maíz tostado y desconfiados de que los indios hiciesen más virtud con ellos, de la que hasta allí habían hecho, si no fuese invocando el auxilio de quien los pudiese apremiar; acordaron de ir a la presencia del obispo de Tlaxcalla, que era entonces don fray Martín de Hojacastro, del orden de San Francisco, en cuya diócesi cae aquel pueblo, y querellarse del mal tratamiento que de aquellos indios habían recibido, y pedirle les compeliere a que los recibiesen como a religiosos y ministros suyos, y les diesen lo necesario a su sustento y acudiesen a oír sus misas y predicación, y a recibir de su mano los santos sacramentos, pues no tenían otros sacerdotes, pues el provincial de San Francisco les había hecho dejación de aquella su visita.

Acordado esto fuéronse aquella tarde a un pueblezuelo de su visita, llamado Huehuetlan, donde mataron la hambre que llevaban y durmieron aquella noche. Otro día siguiente se partieron para la ciudad de los Ángeles, y llegados allá se fueron derechos a las casas del obispo y le contaron

por extenso lo que les había sucedido, encareciéndole el trabajo y penuria que aquellos días habían pasado, y acriminando la culpa de los indios por el descomedimiento que con ellos habían tenido, así con palabras, con que los habían afrentado y menospreciado, como en la crueldad que por obra con ellos usaron, no les queriendo dar pan, ni agua, ni venir a oír su misa; y propusieron su demanda conforme a lo arriba dicho.

Al obispo bien le pareció que aquellos padres no tenían razón de pretender quedar en Quauhtinchan por fuerza, contra la voluntad de los indios, mayormente con tanta violencia y riesgo de la destrucción de aquel pueblo; mas porque no dijese que favorecía a los indios, por la devoción que tenían a los frailes de San Francisco, disimuló con los querellantes y los consoló, prometiéndoles que él enviaría luego por los principales de aquel pueblo y en su presencia los castigaría y les daría, en todo lo que en sí fuese, entera satisfacción; y con esto los envió a descansar a su convento.

En la misma hora envió por los indios de Quauhtinchan, de los cuales no vinieron sino el gobernador, un alcalde y el fiscal de la iglesia, porque los demás andaban descarriados fuera del pueblo, buscando su remedio. Traídos, pues, estos tres a la presencia del obispo; y hallándose presentes los padres agraviados, el obispo mostró luego cómo entraron grande indignación contra ellos, y reprehendiéndolos agria y ásperamente por el poco caso que de aquellos padres tan venerables y siervos de Dios habían hecho, yendo ellos con celo de caridad a administrarles doctrina y ayudarles a salvar sus ánimas. Y luego, sin aguardarles respuestas y sin admitirle excusa alguna, mandó que los llevasen a la cárcel y les echasen dos pares de grillos, y allí los tuvo dos días, por dar gusto y contento a los religiosos que los acusaban.

Estos benditos religiosos, luego que se despidieron del obispo, se fueron a verlos a la cárcel; y para atraerlos a lo que pretendían dijéronles cómo el obispo estaba muy enojado contra ellos, y que les enviaba allí para saber su determinación, porque ellos le habían suplicado les perdonase y mandase soltar, como de su parte no hubiese resistencia y viniesen a recibirlos de su voluntad en su pueblo, y que así se lo había prometido; y donde no quisiesen estaba determinado de afligirlos con mucho rigor. Los indios respondieron a esto: Padres, no gastéis tiempo con nosotros, que si el señor obispo nos quisiese afligir por esto, para eso venimos y estamos aquí para acabar (si menester fuere) la vida, en prosecución de nuestra demanda; ya estamos aquí presos, senténciennos cuando quisieren y en la condenación que le pareciere. Oído esto se salieron confusos aquellos padres que no supieron qué replicarles a tan resolutas palabras. Al segundo día, habiendo venido otra vez los mismos religiosos a casa del obispo, mandó que sacasen los indios de la cárcel y los trajesen a su presencia para ver qué pecho tenían, y si acaso habían mudado parecer. Como entraron los indios en su presencia con los hierros en los pies, luego se pusieron de rodillas; y el obispo les dijo: Veis aquí, hermanos, que estos padres no hacen sino rogar-me que no proceda contra vosotros, porque os aman y os quieren tener por hijos, agradecédselo, y mirad que os mando que los llevéis a vuestro

pueblo para que tengan cargo de doctrinados y administraros los santos sacramentos. Respondedme luego qué es vuestra voluntad, porque después no haya otra cosa. Los indios respondieron: besamos las manos de su señoría, porque en lo espiritual te tenemos por señor y en todo nos haces merced; mas sábete que lo que queremos es morir por la administración de los frailes de San Francisco, y en esta demanda hemos de acabar sin faltar un punto de buscarlos, ni dársenos nada por otros, porque no los hemos de recibir ni llevar con nosotros.

El obispo, conociendo en su semblante y determinación que no los habían de mover de aquel propósito, ni trocarlos en su determinación, vuelto a los religiosos que estaban a su lado les dijo en voz sumisa y baja, que le parecía no debían tratar más de aquel negocio sino disimular el caso, pues se arriesgaba a perder honra y no a sacar ningún provecho y quedar afrentados con su pertinencia; porque a los indios no permitía el rey que se les hiciese fuerza en aquel caso; y que puesto que ellos dijese de sí, por temor, ya no les podrían tener el amor que se requería para aficionarlos a su trato; y también que doctrina de por fuerza y contra tu gusto no les podría ser útil, ni provechosa. A los religiosos les pareció bien lo que el obispo decía; el cual, vuelto a los indios que todavía estaban de rodillas les dijo: Levantaos y quiten os esos hierros e idos con la bendición de Dios a vuestras casas y allá aguardaréis a los padres que luego los enviaré tras vosotros. Ellos volvieron a responder que en ninguna manera querían que fuesen allá. Mas el obispo hizo que no los oía y dejólos ir a sus casas.

Por no dejar aquellos padres cosa que no probasen, ni piedra que no moviesen, por ver si aprovecharía, enviaron otro día siguiente uno de sus frailes hechadizo, como que pasaba de camino, para ver cómo lo recibirían. Llegado este religioso a Quauhtinchan, como los indios lo vieron todos se escondieron, que no pareció hombre de ellos, ni hubo quien les abriese la puerta de la iglesia; y así durmió aquella noche en un portal y hubo de pasar sin cena. Otro día de mañana, no aguardando a hacer más pruebas, tomó el camino de Tepeaca donde fue a comer con los frailes de San Francisco y contó lo que le había sucedido, y de allí se volvió a dar de ello cuenta a su provincial.

Visto por el obispo que no llevaba remedio que los indios de Quauhtinchan recibiesen otros ministros, sino a los frailes franciscos, escribió al provincial rogándole mucho que volviese a encargarse de aquel pueblo, dándole doctrina y consolando aquellos pobres indios que habían andado distraídos y descarriados, con harto daño y menoscabo de sus hacenduelas y casas, que todo lo habían desamparado y dejado por há perdido, estimando en más ser administrados de frailes de San Francisco que poner cuidado y cuenta en la guarda de las cosas de su casa.

El provincial, entonces compadeciéndose de ellos, atento que ya habían dejado su pretensión los padres de la otra orden, y él había cumplido de su parte la palabra que había dado, fue en persona a quietarlos y consolarlos.

Cuando los indios supieron su venida no se puede decir el placer y ale-

gría con que lo salieron a recibir, barriendo los caminos y levantando arcos de muchas flores, de trecho a trecho, con tantas músicas, danzas y regocijos, que todo el pueblo no se ocupaba en otra cosa. Llegados a la iglesia, el provincial se excusó de la queja que contra él podían tener, diciendo que si los dejaba en poder de otros religiosos no era por falta de amor y voluntad, sino por mostrar la mucha que les tenía para que tuviesen ministros ordinarios y de asiento, que siempre acudiesen a sus necesidades espirituales y temporales, pues que él no los tenía para dárselos, que estuviesen en aquel pueblo de asiento; pero que pues ellos se contentaban con lo que los frailes de San Francisco hacían en su ministerio, que esto no les faltaría; ni tampoco frailes de asiento, cuando se los pudiese dar. Tras esto les predicó un sermón muy provechoso, como letrado que era y hombre de gran espíritu y lengua mexicana muy aventajada.

De esta manera quedaron los indios de Quauhtinchan contentísimos a cargo de la orden de San Francisco, siendo visitados por algún tiempo de el convento de Tepeaca. Mas luego, en el capítulo siguiente, fue electo el padre fray Francisco de Bustamante en ministro provincial y les dio frailes que de continuo asistiesen. Y fue con cuidado de ver su mucha fe y perseverancia y por quitarles la sospecha con que andaban de ser otra vez entregados a otros ministros. Y desde ha poco que tuvieron ministros edificaron un muy gracioso monasterio y una solemne iglesia de bóveda; y es ahora de los más quietos y agradables pueblos de esta Nueva España, aunque de poca gente, por haber ido en disminución como los demás pueblos de indios.

Esto se cuenta, con la extensión que se ha referido, solo para que se entienda la cordial afición que los indios de esta Nueva España cobraron a los religiosos de la orden de mi glorioso padre San Francisco; y no por menoscabo de los religiosos de la otra orden, que pretendieron introducirse en la doctrina de aquel pueblo; que cierto, los religiosos que pretendieron tomar la posesión de él eran verdaderamente varones apostólicos y muy observantes de su vida religiosa; y que hablando verdad estos indios no los merecieron por ser, como eran, ambos a dos verdaderos apóstoles en su vida y doctrina, y no serían de menor espíritu los que les darían para su enseñanza y consuelo; que entonces se preciaban las tres órdenes mendicantes que había en esta Nueva España, de apóstoles, cuidadosos de sus nuevamente convertidos y con este cuidado vivían santa y loablemente. Y si estos benditos religiosos pusieron tanta diligencia por entrar en aquel pueblo, fue por la mucha necesidad que para la comodidad de su orden tenían de aquel asiento, y por caridad espiritual que tenían al bien de las almas, y éste fue su motivo principal.